

UN PASEO POR EL MUSEO NACIONAL DE ARTE HISPANOMUSULMAN

POR

ANTONIO FERNÁNDEZ-PUERTAS

LAS salas de exposición, despachos y almacenes del Museo Nacional de Arte Hispanomusulmán ocupan las plantas altas de los palacios de Comares y Leones, y por lo tanto es de gran interés comprender que estamos en las que fueron las estancias privadas de los sultanes de Granada durante la segunda mitad del siglo XIV hasta la toma de Granada en 1492, y desde sus ventanas se ven los maravillosos patios, galerías e interiores palatinos. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, la convirtieron en la Casa Real Vieja; y en ella vivió también Fernando el Católico con su segunda esposa, Germana de Foix. Carlos V, con su esposa Isabel de Portugal, la amplió al modo renacentista con remodelaciones que siempre llevan su escudo imperial o elementos renacentistas (pinturas, carpintería, azulejería...) y con nuevas estancias, pasillos y galerías para lograr una unidad de uso de ambos palacios; igualmente comenzó la construcción de su palacio Renacentista, o Casa Real Nueva, que ha llegado a pleno siglo XX sin ultimar más que sus fachadas exteriores y las del patio, algunos muros interiores y algunas bóvedas. Felipe IV con su esposa pasó en la Casa Real Vieja una temporada. Con el advenimiento de la casa de Borbón, Felipe V y su esposa Isabel de Farnesio se establecieron un tiempo en la Casa Real Vieja y la acondicionaron con reparaciones. Siempre que los soberanos venían, los aposentadores la ornamentaban temporalmente con reposteros, tapices, alfombras, muebles, cuadros, lámpa-

ras, etc., que cuando los soberanos y aristócratas se marchaban, la servidumbre palatina retiraba y se llevaba consigo a las otras Casas Reales españolas. Estas estancias altas albergaron a los alcaides de la Alhambra hasta el siglo XIX. Tras diversos usos se convirtieron provisionalmente a petición de don Manuel Gómez-Moreno en la sede del actual Museo.

Lo que en el Museo se expone y se guarda son en su mayoría piezas conservadas durante siglos en la Alhambra o halladas en excavaciones hasta nuestros días, así como piezas sueltas adquiridas en el mercado, pertenecientes a al-Andalus (la parte musulmana de la Península Ibérica), o de otros países islámicos como Egipto y la meseta Irania. Su exposición se ha pretendido que sea cronológica y en el vestíbulo y zaguán aparecen piezas tardorromanas y lápidas mozárabes. El esplendor del emirato y califato cordobés puede contemplarse en labradas basas, capiteles, cenefas, fuentes, etc., destacando una pila cuadrangular (sala VIII), que perteneció al palacio de Almanzor, Alamiyya, en Córdoba; sus frentes muestran el tema persa del árbol de la vida en el eje y a cada lado dos leones atacando a cérvidos; los costados ofrecen dos franjas laterales talladas con el símbolo de poder regio del águila explayada, en cuyas garras tiene cogidos dos cérvidos, apareciendo en sus alas libres y leones: la franja central lisa de cada lado tuvo un bloque adosado y sobre él un animal de bronce (ver dibujo), como el cervato de Medina al-Zahra (en el Museo de Córdoba), que vertiría el agua al interior de la pila. Disposición semejante tiene la pila del patio del Corral del Carbón en Granada.

De los siglos XI y XII, época de los reinos de taifas (1031-1085) y de las dominaciones de los imperios almorávide (1085-1156) y almohade (1156-1232) en Granada, se exponen en el Museo interesantes objetos. Un elegante yamur, probablemente de época taifa, con eje vertical que inserta la base moldeada y tres bolas en tamaño decreciente, actualmente ennegrecidas; este objeto remataba principalmente los alminares y tejados cupulares de las mezquitas, a modo de veleta (sala IX). Quizá taifa es la zapata con el tema del árbol de la vida (sala II). De época probablemente almorávide, se han conservado yeserías de gran tradición clásica en la ejecución de su acanto. Del tiempo de estos imperios hispanomagrebíes del siglo XI hay también capiteles de mármol blanco o de serpentina bastante oscura con hojas lisas; tinajas estampilladas; aleros de canes finamente labrados con hojas y

cogollos, uno de los cuales muestra su labra perforada; y una serie de tablas longitudinales pertenecientes a frisos con escritura cúfica y ataurique (u ornamentación de hojas y tallos), que han conservado parte de su policromía (salas II, III).

La vida, cultura y arte durante el sultanato nazarí de Granada (1232-1492) se hallan en el Museo plenamente representados. Así, sugieren la sensualidad de esta cultura las distintas fuentes de mármol y piedra (salas III y X), cuyo continuo manar eran bellos arpegios musicales de naturaleza, o de braseros de piedra para disfrutar de templanza en épocas frías en las estancias altas cerradas con celosías acristaladas, provistas con alfombras y paredes tapizadas con sedas y yeserías de intenso colorido. Esta vida sensual tenía su vertiente activa que desarrollaba el varón en la caza, guerra, campamentos de las algazúas o incursiones fronterizas, en los reinos de Castilla y Aragón. Estas hazañas, pintadas sobre el enlucido de dos paredes, adornaban una pequeñísima casa en el Partal, mientras que en la segunda mitad del siglo XIV pintores cristianos venidos de Toledo realizaban su arte con figuras humanas y de animales lo mismo en solerías (sala IV), que en platos (sala VIII), que sobre cuero con forma abovedada en la sala de los Reyes del palacio de los Leones. Adornaban igualmente las paredes de este palacio, tablas italianizantes compradas en la corte toledana o aragonesa o, más probablemente, traídas del comercio directo con Italia a través del mar.

Pero la ornamentación fundamental de casas y palacios de época nazarí era la de escayola finamente labrada y policromada con temas vegetales, geométricos, epigráficos, o bien mixtos al estar entremezclados; a veces sobre el estuco liso se pintaban dichos temas. El mocárabe labrado en escayola formaba cornisas, frisos, bóvedas, etc. Adornos geométricos sencillos (lazo) y clavos curvos adornaban puertas y hojas de alacenas. La piedra y el mármol, además de usarse con fines arquitectónicos, como albanegas, columnas, quicialeras, gorroneas (salas IV, VIII), etc., se usó lógicamente en los cementerios populares (sala V) y en el cementerio real, o rauda (sala VI), siendo las lápidas regias de mármol o de fina piedra que, al igual que la lápida fundacional de mármol del Maristán, con forma de arco de herradura, conservan restos de policromía (fondos azules o rojos, letra dorada...).

El gusto por el color y su uso era primordial en el arte, vida y cultura nazaríes, tanto en la geométrica cerámica arquitectónica (pavi-

mentos, zócalos de alicatado, revestimientos de fustes, albanegas, fuentes con alicatado) (salas VII-VIII), como en la vajilla restaurada, cerámica utilitaria y en la ornamental (sala VIII). La pieza capital de la cerámica dorada del mundo islámico es el llamado Jarrón de las Gacelas (sala VIII), que servía, al parecer, sólo para ornamentar uno de los ángulos de la sala de las Dos Hermanas. El extraordinario valor de esta pieza se debe al tamaño proporcionado, forma, ornamentación magníficamente trabada entre sí y diseñada (ataurique, geometría, figuras de gacelas, epigrafía cúfica y cursiva...), a su lograda técnica de la cerámica dorada, a pesar de ser una pieza que falló en el horno, etc. En el Jarrón de las Gacelas el colorido es asombroso, su fondo alterno blanco o azul forma arcos de ataurique y está relleno de diminutas espirales doradas, sus atauriques azules y dorados, su epigrafía y geometría dorada y las irisaciones de su vidrio lo convierten en una increíble sinfonía cromática destelleante.

La vajilla se presenta variada en formas (bandejas, platos, cuencos, safas troncocónicas, tapaderas, jarros, ollas, aguamaniles y grandes jarrones, etc.), su decoración es a base de ataurique, temas geométricos, heráldicos, epigráficos, animalísticos (gacelas, león, pájaros, peces), y figuras humanas musulmanas o cristianas con copas de cristal y cantimplora o botella para vino y licores. La moderna policromada y talladan fue ricamente utilizada por los nazaríes: barandas, puertas con decoración geométrica (lazo), gorroneas con ataurique y labor de mocárabes, en tarima y celosías (con labor calada de pequeños cuerpos cúbicos o exagonales enlazados por carretes), canes y frisos, y sobre todo en los techos donde la labor de lazo y la policromía los convertía en destelleantes ascuas luminosas al recibir la luz natural indirectamente o la de las lámparas, candiles, velones... Capítulo especial dentro de la madera es el recubrir a base de la taracea objetos y muebles, como las puertas de alacena del palacio de Cetti-Merien, las cajas y joyeros expuestos, el tablero de juegos (sala VIII), y una jamuga, o silla de tijera, con espaldar de cuero con el escudo nazarí y asiento casi perdido, que perteneció a la casa del soberano (sala X); todos ellos están recubiertos por labor geométrica, hechas sus piezas a base de hueso o marfil, plata, ébano y otras maderas finas.

Vasijas y azulejería musulmana, mudéjar y cristiana junto con escudos de mármol y madera nos hablan de que la historia y la vida continuaron en la Alhambra hasta nuestros días (salas XI, XII).

Por último hay que hacer resaltar los bronces iraníes expuestos (jarro, recipientes, remate del astil de una tienda de campaña, casco, lámpara) y la magnífica colección de cerámica dorada fatimí egipcia de los siglos X-XII, restaurada, con temas de gran interés iconográfico (sala XII), como las tocadoras de laúd y pandero, la bailarina, el bebedor con nimbo, los animales (elefante, toro, liebre...) y los ornamentales con ataurique, lazo y epigrafía.